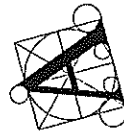




UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
FACULTAD DE ARTES LIBERALES

HISTORIA, MEMORIA Y NARRACIÓN

PAOLA CORTI B.
RODRIGO MORENO J.
JOSÉ LUIS WIDOW L
(EDITORES)



EDICIONES ALTAZOR

Índice

PRESENTACIÓN	9
Conferencia Inaugural La iconografía al servicio de la memoria ANNE-MARIE LEGARÉ	11
Conferencia Clausura Historiografía Cristiana, Eusebio de Cesarea y San Agustín LEO J. ELDERS S.V.D.	39
MEMORIA Y RECUERDO	
<i>Dispersio, oblivio et memoria. Una lectura de la naturaleza de la historia de San Agustín</i> JEAN PAUL MARTÍNEZ	57
La memoria como camino conducente a Dios según Agustín de Hipona MAURICIO CHAPSAL E.	71
Memoria, olvido del pasado y devaluación de la existencia histórica en Descartes VERÓNICA BENAVIDES G.	83
Memoria, religión e historia reciente: bases teóricas y posibilidades de investigación DAVID OVIEDO	95
GRANDES RELATOS	
Jacob Burckhardt e Werner Kaegi: A crise europeia de um ponto de vista suíço CASSIO DA SILVA FERNÁNDEZ	109

© UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ, 2011
Facultad de Artes Liberales
Avda. Padre Hurtado 750, Viña del Mar - Chile
Tel. (56-32) 250 3845
www.uai.cl

«HISTORIA, MEMORIA Y NARRACIÓN»

Derechos Reservados
Inscripción n.º: 206.710
ISBN: 978-956-7472-90-1

Edición a cargo de:

Paola Corti B.
Rodrigo Moreno J.
José L. Widow L.
(Editores)

Diseño y diagramación:
Altazor [ediciones & diseño]

Producción Editorial:
Ediciones Altazor
altazorediciones@yahoo.es

de esta nueva tradición cronográfica un fenómeno constatable. La tradición cronística en la Inglaterra medieval se vio fortalecida por la conquista normanda de la isla en el año 1066 y, con mayor ímpetu aun, por la llegada de los angevinos a un disputado trono en 1154. Las glorias militares y el admirable gobierno de los duques de Normandía y los reyes de Inglaterra debían ser comprometidos a la escritura y así las crónicas, anales y gestas comenzaban a proliferar en el siglo XII para hacer justicia a un momento crucial de la historia británica y dejar por escrito «eventos tan grandiosos y memorables».

Esto animó el desarrollo de la memoria histórica e inauguró un nuevo periodo en la forma de registrar los hechos que, en su esencia, perduraría hasta el siglo XIX con el advenimiento de la historiografía académica. En la tradición cronística, hasta entonces característica de la producción monacal, comenzaban a participar historiadores más cercanos a la corte y por lo tanto a los pormenores de gobierno, al detalle de los eventos políticos y a la personalidad del monarca y su entorno. A este cambio se sumaba una consideración más rigurosa y comprensiva por parte de los historiadores de los escritos y documentos disponibles; un fenómeno historiográfico que en Europa tuvo como mejores exponentes a los cronistas de Enrique II de Inglaterra.

Memoria y narración en *La Florida del Inca* (1605) de Garcilaso de la Vega

SARISSA CARNEIRO ARAUJO
Universidad de Chile, Chile

Desde Europa hablan e han escrito muchas novelas, a las cuales en verdad no hallo yo otra comparación más al propio, que a palabras de papagayos, que aunque hablan, no entienden ninguna cosa de lo que ellos mesmos dicen.

Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*

1. Palabras de papagayos

LOS PROCESOS DE DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA Y COLONIZACIÓN de América se acompañaron de un nutrido corpus de textos: cartas, crónicas, relaciones, historias, diarios de viaje, gramáticas de lenguas indígenas, autos sacramentales, entre otros géneros y tipos discursivos. Entre estos, los que pertenecen a la formación discursiva historiográfica, como las crónicas y las historias, fijaron tempranamente en la experiencia personal, cifrada en el tópico de lo visto y vivido, su máximo criterio de legitimación y autoridad. Se abrió, así, un nuevo capítulo en la larga tradición historiográfica que algunos han llamado el realismo de la Antigüedad Clásica y su renovación en el Renacimiento (Frankl).

Pero en América Colonial, el énfasis en la experiencia y en la memoria personal, como guardianes de la verdad, respondía asimismo a la particular situación de enunciación y contexto de producción de estos discursos: cronistas e historiadores de Indias escribían no solo como testigos de los hechos sino como actores cuyos intereses personales definían legítimamente los propósitos y finalidades de lo escrito. Crónicas e historias americanas encarecían, así, su contraposición a una historia de América escrita en la corte, historia erudita y letrada pero sin el conocimiento y la verdad que solo la experiencia a este lado del Océano podía otorgar. Gonzalo Fernández de Oviedo, el primer cronista de Indias, llega a comparar estas historias cortesanas con las palabras de los papagayos, «que aunque hablan, no entienden ninguna cosa de lo que ellos mismos dicen», pues «no saben qué cosa son Indias», que no han venido a ellas y desde Europa escriben lo que son más bien «novelas» (Oviedo, 402).

A continuación me referiré a lo que podríamos llamar un caso especial de esta escritura americana de lo visto y vivido. Se trata de *La Florida del Inca*, primera crónica del mestizo cuzqueño Garcilaso Inca de la Vega, publicada en 1605. En ella, el mestizo narra de «relación ajena» la expedición de Hernando de Soto a la Florida, pero su memoria personal, así como

su rol de incitador y ordenador de la memoria, constituyen, como pretendo demostrar, elementos fundamentales en la crónica primeriza del Inca.

2. «Autor» y «escribiente»: el tejido de *La Florida*

La Florida del Inca narra en seis libros la desdichada expedición de Hernando de Soto a la Florida, extenso territorio que en la época incluía a numerosos estados de los actuales Estados Unidos. La expedición tuvo lugar entre 1539 y 1543, es decir, su inicio coincide con la fecha de nacimiento del Inca en el Cuzco.

La crítica ha sugerido que el proyecto de escritura de *La Florida del Inca* nace hacia 1563, es decir, veinte años después de finalizada la expedición, y tiene como marco el regreso de Jean Ribaut a Francia tras haber fundado ciudades en la Florida. No solo España sino incluso la Iglesia Católica arriesgaban perder el territorio que había conducido a la pérdida de numerosas vidas y cuantiosas haciendas. En Madrid, el joven Garcilaso se encontraba con el veterano de la expedición de Soto, Gonzalo Silvestre, y quizás le planteaba la posibilidad de escribir la historia de la expedición sirviéndole de «escribiente». No era la primera vez que conversaban: en su niñez, el Inca había conocido y tratado con varios de los expedicionarios de la Florida que habían ido al Perú en busca de mejor suerte.

Así, el proyecto de escritura de *La Florida* consiste, como plantea Miró Quesada, en «la primera empresa soñada por Garcilaso en el campo intelectual», empresa que culmina prácticamente cuarenta años después. El largo proceso de redacción de la crónica refleja lo que Miró Quesada llamó un «mapa vital» del Inca Garcilaso: «iniciada tal vez en la época en que andaba en Madrid, escrita evidentemente y madurada en la larga estancia en Montilla (...) apresurada luego en su ejecución en Las Posadas, terminada, rehecha, vuelta a revisar y rehacer en Córdoba, publicada más tarde en Lisboa y teniendo siempre presente en forma lejana pero intensa su tierra del Perú» (154).

En este mapa vital no está, por cierto, la Florida, lo que genera una singular situación de enunciación vinculada a una extensa trama de acreditación de la veracidad de lo narrado, como se verá a continuación.

Garcilaso se refiere a su escritura en términos de «tejido»: el material fundamental de dicho tejido es la relación que le da el informante, que en la crónica se mantiene en el anonimato, pero que la crítica ha identificado como el ya mencionado Gonzalo Silvestre. El Inca se refiere a su informante como «mi autor», y encarece su condición de «hombre noble hijodalgo» que «se preciaba de tratar verdad en toda cosa», hombre fidedigno al cual llamaba muchas veces el Consejo de Indias para «certificarse de él» en las cosas de la jornada de Soto y otras en las que se había hallado (6). La acreditación de Silvestre como informante-autor se complementa con el cotejo que hace el Inca, una vez concluida la redacción de su crónica, con los escritos de otros dos testigos de vista, *Peregrinaciones* de Alonso Carmona y una *Relación* de Juan Coles, ambos textos perdidos en la actualidad. El Inca decide incorporar entonces citas de estos textos en distintos pasajes de su propia crónica, «por presentar dos testigos contestes con mi autor, para que se vea cómo todas tres relaciones son una misma» (7). Adicionalmente, el Inca presenta su escrito a un «coronista de la Majestad Católica», quien afirma, según cita el mestizo, «Yo he conferido esta historia con una relación que tengo, que es la que las reliquias de este excelente castellano que entró en la Florida, hicieron en México a don Antonio de Mendoza, y hallo que es verdadera, y que se conforma con dicha relación, etc» (8).

A pesar de todas estas precauciones, pesa sobre la primera crónica del Inca la sombra de la ficción, la posibilidad —que él mismo trata reiteradas veces de negar— de que entre la relación ajena y el tejido narrativo se hayan infiltrado los finos e indeseados brocados de las fábulas y las ficciones (8). El Inca dedicará un capítulo entero a este asunto (capítulo XXVII, Libro II), «Donde responde a una objeción», la de que podría estar escribiendo ficciones ya fuera «por presumir de componer», ya fuera por «loar a la nación» de los indios de la cual es parte.

Es en este contexto que adquieren máxima relevancia dos atribuciones del Inca como «escribiente» de *La Florida*: 1) la de incitador de la memoria, particularmente de la memoria de Gonzalo Silvestre, y 2) la de testigo, no de los hechos de la expedición de Soto pero sí de otros hechos americanos, testigo privilegiado dada su condición de mestizo.

3. Incitar y conservar la memoria

Es una lamentación frecuente en *La Florida del Inca* la referida al descuido de los miembros de la expedición de Hernando de Soto en relación con el registro de información relevante para una futura crónica como la suya. El mestizo lamenta la ausencia de demarcaciones de la tierra, lo que hace imposible indicar con exactitud el recorrido de la expedición (74), o el olvido de nombres tan significativos como el de la señora de Cofachiqui, el hermano del cacique Vitachuco (93) o el de caballeros y religiosos de la expedición (137).

La lamentación es parte del celo historiográfico del Inca, celo del que carecen Coles y Carmona, de acuerdo al mismo Inca. La suya es historia, *narratio* de sucesos pasados, pero las de Coles y Carmona, no son más que relaciones, sin criterio compositivo: «no llevan sucesión de tiempo, si no es al principio, ni orden en los hechos que cuentan, porque van anteponiendo unos a otros, ni nombran provincias, sino muy pocas y saltadas. Solamente van diciendo las cosas mayores que vieron, como se iban acordando de ellas» (7). Inadvertencias que el Inca atribuye a la falta de intención de imprimir dichos textos, lo que lo lleva a distinción entre testigos de vista (Coles, Carmona) y autor de una obra (él mismo y ya no Silvestre).

Como autor que busca la conservación de la memoria, el Inca deberá en primer lugar «incitar» la memoria de su informante, «importunarle», para «desentrañar» lo que todavía puede rescatarse del olvido: «y no le ayudaban poco, para volver a la memoria los sucesos pasados, las muchas preguntas y repreguntas que yo sobre ellos y sobre las particularidades y calidades de aquella tierra le hacía» (6).

La información que le proporciona Silvestre, complementada o corroborada a ratos con las de Coles y Carmona, son ordenadas por el mestizo con criterio compositivo: seis libros, conforme a los seis años que se gastaron en la jornada, el libro segundo y el quinto en dos partes, para que no fuese tan largo y no gastase la vista (9), entre otras precauciones que obedecen al llamado del *docere et delectare*.

El detalle curioso, la anécdota notable, el caso extraño que aportan la memoria de Silvestre, Carmona y Coles, son frecuentemente ampliados de acuerdo a los énfasis que imponen las dos concepciones de la historia que predominan en *La Florida del Inca*: la historia como conservadora de la fama (en este caso, de las hazañas de Hernando de Soto, así como de otros «heroicos caballeros» españoles e indios) y la historia como maestra de vida, «ejemplo de los venideros», en consonancia con la preceptiva historiográfica del siglo XVI.

1 Para este asunto, puede consultarse el estudio de MORA, C., «La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida del Inca*» en MORA, C., y GARCILASO ARANDA, A., (ED.), *Nuevas Lecturas de la Florida del Inca*, Iberoamericana, Madrid, 2008.

4. El Inca memorioso

Pero en este ordenamiento compositivo de la memoria de los testigos, influyen no solo las concepciones de la historia, los criterios de la *inventio* y la *dispositio*, los modelos historiográficos y literarios del Inca, sino también su propia memoria, en especial la memoria de su tierra natal, que permite conjeturar razones de prácticas indígenas, corroborar la veracidad de las noticias etnográficas sobre los indios floridianos, testificar la veracidad de casos entre los expedicionarios de la Florida con casos similares del Perú o de su propia persona (como ocurre con la referencia al olvido del castellano de Juan Ortiz).

Ilustraré la relevancia de la memoria personal del Inca con dos casos, a mi modo de ver, especialmente significativos.

El primero de ellos es el capítulo I, Libro I, comienzo de la *narratio*. De acuerdo a la preceptiva retórica e historiográfica, y en concordancia con el modelo de la *vita*, modelo que actualiza la crónica del Inca en la medida en que su historia es «Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del Reino de la Florida», como dice el mismo título, debería empezar con la alusión a ciertos atributos de persona, como su nacimiento, condición, clase de vida, entre otros. El origen, la educación y la ocupación previa a los hechos narrados son antecedentes relevantes en crónicas como la de López de Gómara o la de Jerónimo de Vivar, biografías, en cierto modo, de Hernán Cortés y Pedro de Valdivia, respectivamente.

Pero los antecedentes biográficos de Soto no remontan a España, ni siquiera a su experiencia en Panamá, Nicaragua, Honduras, sino que instalan al futuro adelantado en el Perú, siendo parte de su conquista y de la prisión de Atahualpa. El antecedente es relevante para el discurso biográfico en la medida en que la cuantiosa suma de dineros que consigue Soto en la conquista del Perú es insuficiente para su «ánimo libre y generoso», razón por la cual dejó aquellas hazañas para perder la vida y la hacienda en La Florida.

Pero, antes de referirse a ello, el Inca hace un extenso paréntesis sobre la conquista del Perú, la causa de la facilidad con que los españoles lo ganaron y la cuantiosa hacienda que ganó España con dicha conquista. La digresión alude implícitamente a su ascendencia incaica, a su pertenencia a la familia del legítimo heredero en contraposición a Atahualpa, «rey tirano, que usurpó aquel reino». Y al encarecer el rescate de la conquista de Perú, rescate «soberbio, grande y rico, que excede a todo crédito que a historias humanas se puede dar», recuerda también el servicio de los primeros conquistadores a la corona, siendo su padre uno de ellos. Servicio que no siempre fue retribuido con la merced esperada: el mismo Inca recibió un mezuino trato de parte del Consejo de Indias y de ello se lamenta aunque encubierto con ropaje estoico.

Hacia esa reivindicación de los primeros conquistadores apunta también el segundo ejemplo, que pertenece al capítulo VIII, libro II. El ejército pasa por gran hambre y necesidad camino a Cofachiqui. La memoria de Silvestre se muestra vívida para dar cuenta de los trabajos y penurias sufridas. Recuerda, así, una broma que hizo a dos compañeros que le habían preguntado si traía algo de comer. A lo cual Silvestre contestó que «Sí, que unos mazapanes muy buenos, recién hechos, me trujeron ahora de Sevilla», y «una rosca de Utrera tengo muy buena, tierna y recién sacada del horno» (204). Rieron lo imposible ambos compañeros tras lo cual fueron a compartir dieciocho granos de zara que traía Silvestre «y,

habiéndolos comido, se fueron a un arroyo que pasaba cerca y se hartaron de agua ya que no podían de vianda, y así pasaron aquel día con no más comida porque no lo había» (204).

Concluye luego el Inca en párrafo claramente biográfico:

Con estos trabajos, y otros semejantes, no comiendo mazapanes ni rosca de Utrera, se ganó el nuevo mundo, de donde traen a España cada año doce y trece millones de oro y plata y piedras preciosas, por lo cual me precio muy mucho de ser hijo de conquistador del Perú, de cuyas armas y trabajos ha redundado tanta honra y provecho a España (204).

Los ejemplos ilustran la presencia de Perú y la incidencia de la memoria personal del Inca en la narración de *La Florida*. Evidentemente, los *Comentarios reales* serán el espacio privilegiado de esa memoria. Sin embargo, quisiera subrayar, para concluir, que el ejercicio memorioso de *La Florida* se asemeja significativamente al de los *Comentarios*. Oír a Silvestre, conversar con su informante, importunarlo con sus preguntas y repreguntas, cotejar su narración con otras fuentes y ampliar dicho material con la propia experiencia son pasos de una escritura y una elaboración similares a la de su magna obra. Allí, como adelanta en la crónica primeriza:

Diré de los incas y de todo lo propuesto, lo que a mi madre y a sus tías y parientes ancianos y a toda la demás gente común de la patria les oí y lo que yo de aquellas antigüedades alcancé a ver, que aún no eran consumidas todas en mis niñeces, que todavía vivían algunas sombras de ellos.

El Inca memorioso rescata y conserva las sombras del imperio inca con similar afán a como había nombrado ya en el capítulo final de *La Florida* otras sombras, las de los nombres de los muertos en esas tierras, 24 religiosos y 1400 cristianos, nombres que el Inca rescata del olvido, aquel que artesga, tantas veces, ser el destino de la desdicha.